

ORIGEN Y FORMACION DE LA LENGUA CASTELLANA

POR EL

Sr. Julio Carri Pérez

Profesor en el Colegio Nacional de Monserrat

I

Del tronco lingüístico indo-germánico arrancan dos grandes divisiones: la asiática y la europea. Entre los grupos abarcados por la última se cuenta el greco-latino o pelásgico, al cual pertenece el latín, idioma de los pueblos que habitaban la comarca del Lacio, en la península itálica.

La denominación de Lacio entraña sentido político antes que etnográfico. Su eternidad es obra del poderío trascendente de una ciudad regional, que al someter a los países inmediatos impuso el nombre latino y con el nombre su lengua, difundida más tarde, por natural proceso de expansión, en todo el imperio romano de occidente.

Aquel proceso fué esencialmente unificador. La unidad política, la jurídica y la religiosa, engendraron con pujanza incontrastable la unidad de civilización, reflejada de modo principal en la unidad lingüística. El caso se repitió muchos siglos más tarde, al producirse la penetración e imposición del castellano en América.

He aquí un fenómeno, que no por repetido deja de ser interesante. Un pueblo etnográfica y geográficamente limitadísimo, domina a núcleos humanos y extensiones territoriales inmensamente mayores. ¿Cómo se desenvuelve esa acción de conquista, aparte ya de la violencia guerrera? Merced, en primer término, a la superioridad de cultura del elemento invasor; y luego a las diversidades

etnológicas, políticas, religiosas, idiomáticas de los núcleos vencidos, que presentan escasa resistencia por su propia pequeñez orgánica.

El asunto se complica, en apariencia, al sugerir que la *unidad* origina la *diversidad* posterior. Lo cierto es que desde tal punto de vista el problema cambia; y requiere explicación muy distinta si partimos de las divergencias que ofrecen los idiomas romances. Mucho se gana consignando al respecto ciertas consideraciones generales, aplicables en particular al castellano y sus dialectos.

Reciben el nombre de lenguas neo-latinas o romances las que, derivadas del latín, muestran los rasgos típicos de la lengua madre en la morfología, el vocabulario y la sintaxis.

La distribución de los grupos lingüísticos del territorio romance, hízose hasta días recientes sobre la base de causa políticas y literarias. La deficiencia del procedimiento fué indicada por Meyer Lübke (1), quien previno que la clasificación generalmente admitida —rumano, italiano, francés, provenzal, castellano y portugués— carecía de consecuencia lógica. Mientras por una parte otorgaba categoría al provenzal, en mérito sin duda a la importancia de su literatura y a su diferencia notable con el francés del norte, dejaba sueltos a idiomas que podían ser tan distintos de cualquiera de los elegidos, como lo es el provenzal, del francés: pruébalo el caso del sardo con relación al italiano.

Ajustándonos a esas conclusiones debemos situar los siguientes romances dentro del mapa de la Romania, (2) cada uno con su conjunto de dialectos y enumerados de oriente a occidente: 1° rumano, 2° dalmático, 3° rético, 4° italiano, 5° sardo, 6° provenzal, 7° francés, 8° castellano y 9° portugués.

El mismo Meyer Lübke, cuya clasificación no ha sido superada, explica la aparición dentro de la unidad lingüística del latín, de los nuevos romances con sus setenta dialectos. Como que la amplitud del territorio de la Romania dista mucho de justificar por sí

(1) W. Meyer Lübke. — “Introducción al estudio de la lingüística romance”.

(2) Romania vale decir dominio de Roma. No en sentido político, pues en éste el de Imperio Romano es excluyente. Dominio en una acepción más elevada y si se quiere ideal: mundo romano por el sentimiento, la civilización y la cultura.

sola el fenómeno, ya que hoy, puesta la mirada en el mapa de Rusia o en el de América, es fácil descubrir que existe comunidad lingüística en regiones más extensas y no menos densamente pobladas que el imperio romano en sus últimos tiempos. Las razones especiales determinantes de aquella difusión fundamentan a la vez el origen de los dialectos dentro de los citados grupos. Dichas razones son históricas, etnológicas y político-comerciales.

Huelga mencionar que los distintos países románicos no recibieron el latín simultáneamente. La lengua matriz sufrió cambios probados en el lapso que media entre la romanización de Cerdeña y Sicilia, de la de Dacia, para ofrecer un ejemplo. Fuera de este punto extremo, Meyer Lübke destaca observaciones igualmente significativas, entre ellas la de que los conquistadores de España hablaban un latín más antiguo que el hablado por los de la Galia.

Si la etnología ha de revelarnos algo, cabe recordar que el latín encontró en los pueblos conquistados numerosos idiomas vernáculos.

En tiempo de Estrabón, *príncipe de los geógrafos* —escribe D. Gregorio Mayáns y Siscar (3)— había en España muchas lenguas. Y no es mucho —agrega— pues había muchas dominaciones, de cuya diversidad es consecuencia la variedad de costumbres y también de las lenguas. De manera —concluye— que si hubiera habido en España un solo reinado, un gobierno uniforme y bien unido, hubiera sido impenetrable el poder romano y de todo el universo, (sic) por haberla murado por una parte y ceñido de agua por la otra la misma naturaleza.

Es indudable que la fusión del latín con aquellos elementos tan dispares necesariamente debió producir múltiples efectos. Mas poco puede avanzarse por este camino, para sistematizar la formación de los romances, por la escasez de noticias sobre el estado lingüístico de las regiones en la época pre-romana.

Graziadio Ascoli considera, sin embargo, que ésta es la posición más firme. Arguye que el latín vulgar —cuyas diferencias con el literario marcaremos a su turno— se modificó en boca de los celtas

(3) "Orígenes de la lengua española".

de modo distinto que en la de los vénétoes o los iberos. A su juicio, los romances serían el resultado del influjo de las lenguas pre-románicas sobre el latín vulgar y de la mezcla lingüística posterior; y por consiguiente, en sus orígenes aparecían como dialectos del latín vulgar. Opinión rebatida por Castro, para quien el ejemplo del castellano en América es decisivo: pues no obstante los centenares de lenguas indígenas extrañas unas a otras, la actual lengua general es uniforme. (4)

Conviene tener muy en cuenta este aspecto. El pueblo conquistador impone su ley como tal; pero el pueblo vencido avanza a su vez sobre el victorioso y se opera simultáneamente el proceso de interpenetración. Las instituciones trasladadas por el vencedor experimentan la refracción ineludible. Alguien ha dicho que tienen más semejanzas dos vecinos enemigos que dos amigos distantes y que así lo proclama el abrazo de los luchadores en el circo. (5)

Es oportuno examinar ahora las relaciones político-comerciales, a las que Meyer Lübke atribuye singular importancia. He aquí sus conceptos: los obstáculos para el comercio motivan una evolución divergente: el comercio, en cambio, favorece la unidad, equilibra diferencias. El comercio iba en lo antiguo íntimamente unido a la administración política y eclesiástica. Los límites políticos eran a la vez límites comerciales. La unidad eclesiástica llevaba consigo la comunidad de la cultura espiritual y la unidad de la lengua.

“Supongamos —añade— que en una región homogénea lingüísticamente en otro tiempo, se hubiese roto esa homogeneidad a causa de una separación política. Una parte del territorio, por cualquier motivo, desenvolvería espontáneamente su lengua, mientras que la otra pudo paralizarse en su desarrollo. También se habrá dado el caso de que una o ambas se inclinen posteriormente hacia el centro político de que entonces ambas dependan y que de ese modo se separen cada vez más una de otra”.

Precisaremos el fenómeno al tratar de las hablas nec latinas de la península ibérica y de la preponderancia avasalladora del castellano.

(4) Américo Castro. — “Evolución de la lengua española”.

(5) Juan B. Terán. — “El nacimiento de la América Española”.

Cabe llamar la atención, finalmente, sobre la unidad eclesiástica. Recuérdesse que en la primera mitad de la Edad Media, no hubo institución ni poder con mayores privilegios y ascendientes que la Iglesia, refugio de la política y la cultura. Sus divisiones administrativas adquirieron seguridad y permanencia sin precedentes. La palabra “diócesis”, como expresa Castro, significaba lo que el latín “conventus”, división judicial, en cuya capital reside y ejerce sus funciones un gobernador; y en sus orígenes, las diócesis eclesiásticas fueron simplemente las divisiones administrativas romanas, que siguieron en cuanto fué posible, la distribución tradicional de los territorios sometidos. Y por cierto que los testimonios de ciertas diócesis francesas y españolas —ilustres por dominios dialectales perfectamente marcados— parecen definitivos al respecto.

No venzo la tentación de anotar que la fuerza de las jurisdicciones eclesiásticas se ha manifestado también en América, con referencia a límites políticos de naciones y provincias. Cuestión de recia envergadura histórica, que será rozada más de una vez en estas páginas.

II

La filología ha establecido la existencia de cuatro variedades del latín: 1° vulgar; 2° literario; 3° eclesiástico; 4° bajo o bárbaro.

Esas variedades, fundamentalmente, deben reducirse a dos: latín literario y latín vulgar. Prescindamos de la nomenclatura innumerable, (6) para atenernos al común denominador: latín literario y latín vulgar.

De este último derivan los romances. Mas ¿cómo era el latín vulgar? He ahí el gran problema de la filología romance.

El latín vulgar fué hablado por los colonos, por los caporales, por los señores, que llevaron la insignia, las instituciones y el espíritu de Roma de un confín al otro del mundo antiguo. Era “hablado”, solamente. Fluía de los labios sin ser recogido por las péño-

(6) Apunto algunas denominaciones correlativas al latín vulgar: plebeius, sermo, simplex eppidanun genus dicendi, publicus, pedestris sermo, proletarius sermo, rusticitas, rusticus sermo, ruralis sermo, quotidianus sermo.... et sic de coeteris.

las. “Hasta el cantero más rudo, —anota Menéndez Pidal— al grabar un letrero, se proponía escribir la lengua clásica. Sólo en los escritos menos literarios, como inscripciones o diplomas, se escapan, gracias a la incultura del escribiente, algunas formas vulgares” (7).

Para restablecer en lo posible las formas del latín vulgar, se aplica el procedimiento de restauración hipotética por la comparación de las lenguas romances. El único indicado, dado que las grafías e inscripciones sueltas, son verdaderas ruinas, ni siquiera venerables en esa condición.

Arríbese a algo concreto, con perseverancia, en la fatigosa tarea. Se puede concebir una unidad ideal, formada por los distintos romances en virtud de su común origen. Unidad que no puede ser otra que la ofrecida por el latín hablado en el comienzo de nuestra era, cuando casi todos los países de Europa en que hoy se oyen los romances, pertenecían al imperio de Roma. (8)

Un fenómeno que se produce en todos o en la mayoría de los romances, debe responder a una causa común. Por la comparación de vocablos de los diferentes idiomas hermanos, es posible presentar la morfología del “vocablo padre”. Lo grave es que con eso no queda resuelto íntegramente el problema, pues la incógnita radica además en la estructura gramatical, por debajo de la eximia “retórica” y por encima del léxico.

Sigamos avanzando. Menéndez Pidal nos alumbra el sendero. El latín vulgar nunca dejó de ser “hablado” y el latín literario siempre fué “escrito”. El uno penetró por el “oído”: el otro por los “ojos”. Nada de “clásico” y “nóbilis”, ni de “rústicus” y “plebeius”, designaciones puramente nominales, según tenemos dicho. Vamos a lo claro: latín “oído” y latín “leído”.

Porque conviene advertir, aún, que tampoco puede señalarse una antigüedad del latín literario sobre el latín vulgar o vice-versa. Ambos existieron simultáneamente y siguieron desarrollo paralelo atravesando por comunes vicisitudes: si bien el segundo tuvo mayor expansión por su carácter de lengua popular.

Mientras el latín literario permanecía estático, encasillado, cons-

(7) “Manual de Gramática Histórica Española”.

(8) F. Stolz. — “Historia de la lengua latina”.

treñido a las reglas de su gramática, el latín vulgar evolucionaba y crecía libremente, con la fuerza de lo natural y espontáneo. Aquél guardaba su complicado sistema de declinación por terminaciones, hacía gala del hipérbaton, se expresaba por síntesis y se atenía por preceptos a la corrección y la elegancia; éste declinaba por preposiciones, presentábase sin mesura, sujeto sólo al menor trabajo: grueso si se quiere, pero útil, práctico y sencillo a fuerza de ser claro, simple y analítico.

Un maestro de la filología romance —Páolo Savi López— simplifica los términos hasta expresar que lo que llamamos latín vulgar debería llamarse sencillamente latín verdadero. Privilegio legítimo de la lengua viva sobre la lengua muerta. El latín literario, como hecho artificial, producto de cultura, ha permanecido estéril; no pudo producir lenguajes porque no fué una lengua viva. “Toda la potencia en acto, perteneciente al latín vulgar, es lo que llegará a ser el neolatín, y por consiguiente “el latín”. (9)

La verdad es que ni en el Senado se habló rigurosamente el latín literario, como que el orador que lo usase, —no evocamos a Cicerón ni tenemos en cuenta las versiones de políticos o historiadores— hubiera tropezado con infinitas dificultades para la espontaneidad de la elocución y habría malogrado en gran parte el efecto de su discurso. Un ejemplo práctico: las personas que en nuestros tiempos dominan el latín, —fuera de la Iglesia— lo emplean para leer o traducir a los clásicos por vía de ilustración, disciplina o deleite; nunca para comunicarse oralmente ni con sus más doctos pares. ¿Acaso alguna corporación, aún religiosa, lo adopta en sus deliberaciones? Su aplicación en ciertas ceremonias de las clásicas universidades inglesas tiene un valor puramente tradicional (10).

(9) Paolo Savi-López. — “Orígenes neolatinos”.

(10) “La lengua vulgar (*sermo vulgaris*), como fruto espontáneo de gentes sin preocupaciones literarias y que no se escuchaban al hablar, atentas únicamente a expresar lo que pensaban y sentían de modo que lo entendiesen sus interlocutores, corría sin freno, tomando palabras de aquí y allá y estropeando constantemente las castizas. Lejos de ser una misma en todas partes, variaba según los lugares y las clases sociales. Sólo en Roma había tres distintas maneras de hablar: la lengua urbana, que usaban los ciudadanos, y debía ser la que Quintiliano llamó *cuotidiana*; la rústica o de los campesinos, probablemente

Establezcamos, pues, la conclusión de que el latín literario, el que subsiste en las obras de los escritores clásicos, fué “artificial”; y el latín vulgar, el que ha proliferado en los romances y no ha dejado documentos inmutables de su índole fué “natural”. El primero subsiste como manifestación primorosa del ingenio y la cultura de un pueblo capital en la historia; el segundo mantiene palpitante su vitalidad a través de los idiomas que son su perpetuación en el tiempo, con las modificaciones impuestas por la acción de la naturaleza y el hombre.

Por eso los romances tomaron la grafía del latín escrito. Y cuando se hizo necesario representar los sonidos conforme al genio de cada lengua derivada, la diversidad se impuso. Aparecían sonidos nuevos, ignorados en el latín. Fué menester darles una forma gráfica. Esta vez pusiéronse a prueba la inteligencia y la lógica de los escribas, hasta que se logró sistematizar formas adecuadas a la índole regionalista de los diversos pueblos. Lo cual explica la diferente manera de representar los sonidos en los idiomas romances y también las infinitas variantes en la pronunciación, —¡toda la lira!— notables hasta en los provincialismos.

III

Las hablas neolatinas de la península ibérica son numerosas: castellano, portugués, gallego, catalán, valenciano, andaluz, navarro-aragonés y bables: denominación la última comprensiva de diversos dialectos como el asturiano o bable propiamente dicho, el leonés, el mirandés y otros.

la que Plauto llamaba *plebeya* y Vegecio *pedestre*, y la *vernácula*, o de los esclavos, que con seguridad fué una jerigonza de todos los idiomas y dialectos conocidos, pues de todos los había esclavos en Roma. Así se comprende que las familias pudientes pusiesen a sus hijos un profesor de latín, esto es, de *sermo nóbilis*; estudio tan difícil, según Cicerón, que requería ser comenzado en los primeros años de la vida y continuarse con invencible perseverancia; el mismo orador elogia a Curión por no expresarse demasiado mal en latín, no habiendo tenido otra educación que la doméstica.

“Si esto era en la ciudad, ¿qué sería en provincia? Cuando Décimo Bruto corrió fugitivo desde Bolonia a Aquilea, se salvó de sus perseguidores merced a los conocimientos de los dialectos locales del país que iba recorriendo”. (Ángel Salcedo. “La Literatura Española”, tomo 1°).

En cuanto al vascuence, es el caso de advertir que tiene muy poca relación con nuestro estudio. Las opiniones más respetables lo consideran como el último resto, evolucionadísimo, del idioma de los iberos. Trátase, en efecto, de una lengua distinta en su esencia y en su forma de las derivadas del latín. Mientras éstas son de flexión, aquélla es aglutinante: y ni los caracteres morfológicos ni la pronunciación revelan mayor parentesco. Agreguemos, finalmente, que la penetración recíproca del vascuence y el romance es también escasa (11).

De las hablas mencionadas como neo-latinas, subsisten dos con categoría de idioma: el castellano y el portugués. El gallego se refiere a éste; el andaluz y el navarro-aragonés al primero. El catalán y el valenciano se cuentan entre los dialectos del provenzal. Los hables entroncan tan pronto en el portugués como en el castellano.

La diversidad de las hablas de la Península, tiene la misma explicación que la diversidad de los romances en el territorio de la Romania.

El latín encontró en España, aparte de las supervivencias del ibero y del celta, manifestaciones de diversas lenguas, llevadas por la colonización de fenicios, griegos y cartagineses.

Tales idiomas han dejado muy pocos vestigios: algunas voces comunes y denominaciones geográficas, estas últimas bien expresivas como que son huellas perennes del paso de las diferentes civilizaciones.

¿Cómo y por qué predominó entre las hablas romances el castellano, hasta ser el idioma nacional de España, sin pensar que luego sería uno de los más difundidos idiomas del mundo y el idioma propio de un enjambre de pueblos? Por razones políticas en el fondo: aquéllas, precisamente, que trajimos a colación para explicar la preponderancia del latín en la Romania.

(11) La teoría de que el vascuence influyó directamente en la formación del castellano, tomando a éste como producto del choque de la lengua de los invasores romanos con el éuscaro, ha tenido propugnadores tenaces en todo tiempo. Su último paladín fué D. Julio Cejador y Frauca, cuyos trabajos hay que leer con precaución. Por ahí se le escapan, en su "Historia de la Lengua y Literatura Castellana", afirmaciones como ésta: "Cuando Cristo vino al mundo se hablaba en España latín y castellano a la vez". (Tomo 1º. pág. 5).

El reino de Castilla realizó la unidad de España: y con sus reyes Castilla dió señorío a su idioma.

Corre una anécdota significativa, evocada por Brunot en su "Histoire de la langue française", divulgada en castellano por Américo Castro, para demostrar que la lengua tiende a estabilizarse a medida que aumentan el poder político y la cultura del núcleo que la usa. Circula, conforme al modo de Francia, con el nombre de "la desgracia de Conón de Béthune". Era éste un noble picardo, bueno y fuerte, que fué a París a principios del siglo XII y sufrió la afrenta de que le reprochasen su habla de provinciano. Hasta poco antes, París había sido una de tantas provincias: "pero la supremacía que el rey comenzaba a tener sobre sus feudatarios —antes más pujantes que aquél— preparaba la unidad de Francia, y con ella la hegemonía del francés sobre todos los demás dialectos".

Apliquemos la anécdota al caso, para decir con Fitzmaurice-Kelly que así como Francia toma su idioma de París y de la Isla de Francia, y Florencia impera en Italia, así Castilla dictó la ley de su habla a todas las Españas y que el tipo superior del idioma español es, en consecuencia, el castellano, que, como la forma más potente, se sobrepuso y sobrevive a sus congéneres. (12).

La unión de Castilla y León bajo el cetro de San Fernando, abre el cauce por el cual ha de correr seguro y dominante el castellano; y la acción centralizadora de Alfonso el Sabio asienta su dominio incontrastable, al conceder al "román paladino" la jerarquía de lengua oficial, acto político equivalente a la partida bautismal de nuestro idioma.

Por sobre torres y almenas flamea el pendón de Castilla y por el hablar castellano se entienden las gentes. El rey y los vasallos, los señores y los siervos, dicen sus cosas en castellana lengua y en ella redactan, confiándola a la perpetuidad de los códices, por arte del pendolista, leyes y mandatos, cartas-pueblas y testamentos, oraciones y epístolas, crónicas y anales; al par que los juglares de boca y los juglares de péñola se evaden del provenzal y el galaico portugués. Un alumbramiento, de veras.

(12) J. Fitzmaurice-Kelly. — "Historia de la Literatura Española".

Se puede así fijar la época en que la lengua castellana afirma su preponderancia, mas no el momento en que se inicia la transformación del latín vulgar en romance.

Al respecto se ha exagerado la influencia de los bárbaros. Cier- to es que éstos quebraron la unidad política y desmembraron el gran imperio; pero no produjeron la diversidad idiomática. La acelera- ron, sí, ya que aquélla venía operándose de largo tiempo atrás, por las razones varias veces enunciadas.

La invasión de los bárbaros es un accidente en el proceso de la formación de los romances, no una causa fundamental. Tiene el va- lor de un hito histórico, nunca el de una raíz.

Es indudable que a partir del siglo V la evolución del latín se precipita. Sin embargo es necesario llegar a los siglos X y XI para advertir los primeros caracteres definitivos del romance.

Por esta época —según lo establece D. Salvador Padilla— “se va perdiendo la noción de los casos, que formaban el sabio mecanis- mo de las declinaciones latinas, para dejar invariable el tema nomi- nal de sustantivos y adjetivos; los verbos tienden a simplificar el número de conjugaciones; se hace extensiva a todos los tiempos de la voz pasiva la forma perifrástica con el verbo *sum* que en los tien- pos compuestos admitían los verbos latinos; se prodigan las prepo- siciones como consecuencia necesaria de la falta de declinación; el sistema fonético va sufriendo una transformación gradual, endul- zando las consonantes fuertes, fijando las vocales sonoras y elimi- nando las duplicaciones y diptongaciones inútiles o violentas; la cantidad de las sílabas, tan tiránica en la lengua madre, fué bor- rrándose y sustituyéndose por el acento enérgico, verdadero legisla- dor de la palabra” (13).

- IV

La transformación del latín vulgar en castellano, se acomoda fundamentalmente a estas leyes:

- 1°. Persistencia del acento.
- 2°. Atenuación de los sonidos.

Aparecen como efectos de la persistencia del acento:

(13) Gramática Histórico-Crítica de la Lengua Castellana”.

- a) Conservación de la sílaba tónica.
- b) Caída de las vocales átonas.
- e) Contracción de las palabras.

Y como efectos de la atenuación de los sonidos:

- a) Diptongación de ciertas vocales tónicas.
- b) Tendencia a sustituir las vocales cerradas por abiertas.
- e) Debilitamiento de las consonantes explosivas y de algunas semivocales.

Las leyes apuntadas —y mayormente sus consecuencias— son tributarias de una ley fonética esencial: la del menor esfuerzo.

Es prudente recordar que la expresión oral constituye el fondo sustantivo de la lengua; y asimismo que entre lo hablado y lo escrito media la constante distancia que aparta a lo espontáneo de lo reflexivo.

Por la aridez del asunto, conviene reducir la demostración de las conclusiones sentadas a unos pocos ejemplos (14).

Tomemos las palabras: bonitátem, páupere, muliere, bene, dominicella, duódecim, regem, dóminus, taurū, bonu, lignun y caepulla, que nos dan en castellano, respectivamente: bondad, pobre, mujer, bien, doncella, doce, rey, don, toro, bueno, leño y cebolla.

Obsérvese que en la forma castellana la sílaba acentuada, —alguien ha dicho que el acento es el alma de la palabra— se conserva y que los sonidos se amortiguan: la T cambia en D, la P en B, la G en Y; que las vocales átonas desaparecen y en su desaparición arrastran a las consonantes vecinas, lo que determina la contracción de los vocablos; que se produce la diptongación, para facilitar el sonido abierto, de la E (ie) y de la O (ue) y a la inversa, la reducción de algunos diptongos (au) a una simple vocal (o); y por último, que vocal cerrada (i, u) se transforma en abierta (e, o).

(14) Son fuentes recomendables para estudiar la materia, las siguientes: R. Menéndez Pidal: "Orígenes del Español" y "Manual de Gramática Histórica Española"; M. Torres Gómez: "Gramática Histórico-Comparada de la Lengua Castellana"; Paolo Savi-López: "Orígenes neolatinos"; W. Meyer Lübke: "Introducción al estudio de la lingüística romance"; Conde de la Viñaza: "Biblioteca histórica de la filología castelalna"; F. Hansen: "Gramática Histórica de la lengua castellana"; Salvador Padilla: "Gramática Histórico-Crítica de la Lengua Castellana"; José Alemany: "Gramática Histórica de la Lengua Castellana", y la muy valiosa "Revista de Filología Española".

Cambios todos regidos por principios tenaces de economía fisiológica. (15)

V

El hecho de que el castellano provenga del latín vulgar —o bien que sea una de las actuales formas de éste— no implica que nada deba al latín literario. Por el contrario, existen innumerables voces tomadas de la lengua literaria y a las cuales se las denomina voces cultas o cultismos. Son las alhajas del idioma.

El pueblo español sometió las palabras del latín a un proceso evolutivo ajustado a la ley del menor esfuerzo y a sus conveniencias fonéticas; pero en todo tiempo el latín literario influyó sobre el la-

(15) “Las leyes que presiden a la formación, desenvolvimiento y modificaciones de las palabras, ya en su paso de una lengua a otra, ya en su proceso histórico dentro de la misma lengua, son invariables, y se fundan en un certero instinto popular que las va elaborando inconscientemente sin formularlas.

“Los cambios fonéticos obedecen: 1.º a la tendencia que el hombre tiene de economizar el esfuerzo (economía fisiológica), en virtud de la cual vanse poco a poco suavizando las palabras fuertes y eliminando todo lo que en ellas no es esencial; 2.º a la propensión, que parece contraria a la anterior economía fisiológica, innata asimismo en el hombre, a dar mayor fuerza o énfasis a todas aquellas expresiones que hieren vivamente su imaginación; 3.º a un principio de analogía, mediante el cual asimilamos fenómenos diferentes, buscando una superior unidad que muchas veces no está en los hechos.

“La ley del menor esfuerzo es quizá la predominante en los idiomas modernos, y explica la gran diferencia que existe entre el lenguaje popular y el erudito. Mientras los sabios forman directamente la voz capital de la latina *cápíte*, el pueblo ha ido elaborando el vocablo caudal, suavizando la *p* y la *t* en *cabdal*, y aminorando aún más el esmuerzo en *caudal*. Compárese la palabralatina *parábola* con la francesa *parole*, y se verá el predominio que la ley que estudiamos ha tenido en la formación de dicha lengua.

“Por la ley del énfasis, muchas finales obscuras o débiles se han transformado en otras sonoras y fuertes (*amasti* = *amaste*, *manu* = *mano*); se han añadido letras allí donde nuestro oído encontraba diferente la sílaba (*spiritu* = *espíritu*, *ten-ré* = *tendré*).

“Es indudable la propensión que el hombre tiene a suponer en las cosas que aún no conoce o que conoce de un modo incompleto, los mismos caracteres y la misma naturaleza de otras cosas conocidas, con tal que vea en ellas alguna semejanza de origen o de causalidad. Así se explica la ley de analogía que tanta influencia ejerce en la formación de las lenguas. Ella fué, sin duda, la que produjo la desaparición de los verbos de la 3.ª latinos, y los participios esdrújulos en el idioma castellano, por la mayor frecuencia de las otras conjugaciones y de los participios llanos en *ado*, *ido*”. (Salvador Padilla. Op. cit.).

tín vulgar, a través de palabras de la más variada significación, muchas de las cuales, por haberse introducido en períodos remotos, siguieron el desarrollo de las voces populares.

Largos años después y ya avanzada la evolución del latín vulgar, cuñó el estudio de la lengua clásica y sus términos pasaron en gran cantidad al idioma naciente, apenas modificados en sus terminaciones. Esta afición o fiebre cultista tuvo auge en el Renacimiento, durante los siglos XV y XVI, época en que los escritores rivalizaron en su afán de usar dicciones congeladas en los libros, cuando el latín era ya lengua muerta. Tales dicciones quedaron al margen de la compleja serie de cambios sufridos por los vocablos del idioma corriente.

Se observa de este modo que muchas palabras sometidas a la evolución natural, luego fueron tomadas nuevamente de los textos por los doctos o los pedantes, quienes las trasladaron con su morfología casi intacta.

Así tenemos la doble formación: popular y erudita; y así se explica la existencia de muchos vocablos que presentan dos estructuras: la vulgar y la culta, como: alma y ánima, mancha y mácula, cuenta y cómputo, ancla y áncora, diezmo y décimo, mascar y masticar, derecho y directo, escuchar y auscultar, entero e íntegro ⁽¹⁶⁾.

Desde luego, cuando existen dos palabras que expresan una misma idea, la forma culta, —que entró por los ojos— está más cerca del original literario: de acris, acre (culto) y agrio (popular).

Es del caso señalar el fenómeno que presentan algunos sustantivos latinos que han seguido su evolución popular mientras los adjetivos correspondientes han llegado por la vía erudita: otoño y autumnal, fuego e ígneo, río y fluvial, obispo y episcopal, maestro y magistral, gato y felino.

A la par de las voces cultas existen las voces semi-cultas. Re-

(16) He aquí una cita del discurso de Hartszenbusch, al incorporarse D. Pedro Felipe Monlau a la Academia Española de la Lengua: "San Isidoro en su tratado de Orígenes y Etimologías, indica que el vulgo de su época usaba otro lenguaje del de los eruditos, porque en más de veinte ocasiones estampa frases parecidas a éstas: "El musión es nombrado así por ser enmigo de los mures (de los ratones); llámalo el vulgo catto, de captura; otros dicen que por lo que catta; esto es por lo que ve".

eiben este nombre aquellos cultismos que se introdujeron en el idioma en sus horas de formación y que al pasar al dominio vulgar, fueron modificados sólo en parte, ajustándose a razones fonéticas ocasionales.

Son por lo general nombres geográficos y vocablos relacionados con la Iglesia o el Gobierno.

En ciertos casos han evolucionado en su raíz y en otros en su terminación, sin notarse una regla que permita señalar sus cambios. Así: de saeculo, siglo; de Corduba, Córdoba; de juvene, joven; de cálice, cáliz.

Corresponde, por último, mencionar la existencia de un crecido número de voces homólogas que ofrecen formas en absoluto disparejas, una originaria del latín vulgar y otra del literario. Citaré como ejemplo: perro y can, también e ítem, caballo y equino, muro y pared, beso y ósculo, camino e itinerario.

VI

Los elementos integrantes del castellano extraños al latín, son copiosos. En mayor o menor grado ellos han contribuído a dar personalidad al idioma, aunque la afirmación parezca paradójica.

En la época de formación de la lengua aparece concretamente el influjo de diversos elementos. Tales el griego, el germánico y el árabe.

El aporte de cada uno y la época de la respectiva incorporación, están perfectamente precisados y explicados.

El griego —que no puede estar lejos de nada que signifique civilización, y más que civilización, cultura en Occidente— trajo su contribución al castellano por dos medios: uno, manifiesto en la supervivencia de voces que dejaron los primitivos colonizadores de la Península; y otro visible a través del latín, —el latín ampliado y ennoblecido por el soplo helénico en los días más esplendorosos de Roma.

Los bárbaros, ya se ha dicho, al quebrar la unidad del Imperio determinaron el establecimiento de nuevas entidades políticas y precipitaron el proceso de formación de los romances. (Siglo V).

El prolongado asiento de los árabes en la Península, —del siglo VII al XV, precisamente los siglos de fragua de la nacionalidad española— tan fecundo en bienes por donde se lo mire, proporcionó al idioma en pañales fuerzas y estimulantes vigorosos.

Véase ahora, sintéticamente, cual fué la contribución griega, cuál la germánica y cuál la árabe. Se da por sabido que las palabras, en su tránsito de una lengua a otra, modificaron su estructura hasta adaptarse a la morfología general del castellano.

El elemento griego introducido en la primera época siguió el proceso natural de transformación. A ese grupo pertenecen, entre otras, estas voces: palabra, golfo, bota, bolsa, cara, sábana, mecha, cola, yeso.

Las incorporadas directamente por extracción erudita o que llegaron mediante el latín literario, alcanzan otra categoría; son voces cultas, fácilmente reconocibles desde el punto de vista morfológico o semántico. Desde el primero por las terminaciones como “ía” (simpatía, tiranía, monarquía, teoría, manía) o bien “is” (crisis, análisis, dosis, tesis) y en cuanto al acento por ser esdrújulas (atmósfera, síntoma, epígrafe, apóstrofe, estético, déspota, parásito); desde el segundo, por la idea que representan, elevada en general y atinente a la religión, el arte o la ciencia (apóstol, mártir, ángel, crisma, símbolo, Biblia, blasfemia, ara, teología, iglesia, ídolo, cítara, aeda, sinfonía, epíteto, órgano, crítica, didascalia, filosofía, aritmética, academia, tragedia, democracia, meteoro, gramática, etc.).

Puede afirmarse sin descender a la comprobación, sencillísima por otra parte, que las voces del lenguaje científico, son de origen griego, excepto contados casos; lo mismo que los neologismos y tecnicismos impuestos por las incesantes manifestaciones de la inteligencia humana y sus descubrimientos, se forman sobre la base de vocablos griegos. Claro está que esas dicciones toman carta de ciudadanía en el idioma, y lo favorecen, sin someterse a las leyes fonéticas de éste.

Los bárbaros, aunque impotentes para imponer sus instituciones y su lengua, por inferioridad de cultura, transmitieron elementos propios a los pueblos sometidos.

Con anterioridad a las invasiones, el latín había aprovechado

algunas de sus voces. Se explica ello por el contacto que tuvieron romanos y germanos por espacio de dos siglos, durante los cuales vivieron cerca, a veces de aliados y a veces de enemigos, en la Galia, en la Dacia y en la propia Italia.

Así se justifica, también, que el aporte gótico no sólo se cuente en el castellano, sino en todos los romances.

Debemos a los germanos la generalización del artículo, que en latín no existía. En efecto, sustituyeron los artículos que empleaban en sus idiomas con ciertas formas romanas: ille (el), unus (un). Les debemos además el uso de los auxiliares para la formación de los tiempos compuestos y la voz pasiva de los verbos.

Las dicciones sueltas de procedencia germánica se relacionan con la vida señorial o doméstica y con las actividades y los hábitos militares. He aquí algunas: blasón, galardón, galante, agasajo, danzar, guisar, escanciar, hamaca, guerra, tregua, heraldo, guiar, guarecer, guarnecer, esgrima, yelmo, carcaj, escaramuza, daga, estribo, guante, cofia, golpe, trompa, dardo, brida.

Muchos nombres propios son de igual procedencia: Ramiro, Gonzalo, Rosendo, Bermudo, Elvira, Adela, Adolfo, Enrique, Alberto, Bernardo, Carlos, Ernesto, Federico, Segismundo, Matilde, Ricardo, Roberto, Rodrigo, Romualdo.

Por el gótico se generalizó la terminación EZ de los patronímicos: de Fernando, Fernández; de Pero, Pérez; de Rodrigo, Rodríguez, etc.

Es admirable la página que Menéndez Pidal consagra en su "Manual" al aporte de los árabes. Acaso es una de sus más cabales y sugerentes páginas. Aquí la transcribo:

"La estancia de los conquistadores de lengua árabe en España durante ocho siglos, no podía menos de dejar profunda huella entre los cristianos. Las relaciones políticas y matrimoniales entre las familias soberanas de ambas religiones empezaron ya en los primeros tiempos de la Reconquista, y el trato guerrero y comercial de ambos pueblos no cesó jamás. Alrededor de las huestes cristiana y mora, que en la frontera vivían en continuo trato, había una turba de "enaciados" que hablaban las dos lenguas, gente de mala fama que hacía el oficio de mandaderos y correos entre los dos pueblos y ser-

vían de espías y prácticos al ejército que mejor les pagaba; y sin que constituyera una profesión como la de éstos, había también muchedumbre de “moros latinados” o “ladinos” que sabían romance, y “cristianos algarabiados” que sabían árabe. Los conquistadores nos hicieron admirar su organización guerrera y nos enseñaron a proteger bien la hueste con “atalayas”, a enviar delante de ella “algaradas”, a guiarla con buenos “adalides” prácticos en el terreno, a ordenar bien la “zaga” del ejército; también mirábamos como modelos sus “alcázares”, “adarves”, “almenas” y la buena custodia que sabían mantener en ellas los “alcaldes”. Pero no sólo en la guerra, sino también en la cultura general eran superiores los moros a los cristianos durante la época de esplendor del califato; así que en sus instituciones jurídicas y sociales nos parecían muchas cosas mejores, y por eso nos impusieron el nombre de “alcalde”, “alguacil”, “zalmedina”, “almojarife”, “albacea”, etc. En esta época de florecimiento, el comercio nos obligaba a comprar en “almacenes”, “alhóndigas”, “almonedas”; todo se pesaba y medía a lo morisco, por “quilates”, “adarmes”, “arrobas”, “quintales”, “azumbres”, “almudes”, “cahices”, “fanegas”, y hasta la molienda del pan se pagaba en “maquilas”. Y cuando la decadencia postuló a los invasores, aún nos daban oficiales y artistas diestros: de ahí los nombres de oficios “alfajeme”, “alfayate”, “albardero”, “alfarero”, “albéitar”, y sus “albañiles” o “alarifes” construían las “alcobas” de nuestras casas, “zaguanes”, “azoteas”, “alcantarilas”, etc. Los moriscos ganaron fama de buenos hortelanos: de ahí los nombres de plantas y frutas como “albaricoque”, “albérchigo”, “acelga”, “algarroba”, “altramuz”; de su perfecto sistema de riego hemos tomado “acequia”, “aljibe”, “alberca”, “albufera”, “noria”, “azuda”. Continuar estas listas sería hacer el resumen de lo mucho que nuestra cultura debe a la de los árabes.

Resta decir que los moros nos han legado ciertas voces relacionadas con las ciencias naturales o sus derivados, como éstas: aceite, aceituna, azúcar, algodón, retama, naranja, sandía, azafrán, azahar, arroz, jabalí, jirafa, acémila, azogue, bórax, ámbar, albayaalde; y también denominaciones geográficas: Guadiana, Guadalquivir, Guadalajara, Alcántara, Alhambra, etc.

Por la contribución de tales elementos formativos, el castellano aparece en plena Edad Media como un idioma cabal, que funda su tesoro literario inconvertible con el Poema del Cid y las Partidas — rudos y rugosos — para luego aumentar los quilates de la aleación con todo el oro del siglo consabido.

Vino más tarde la incorporación de palabras y giros de opuesta procedencia. Los idiomas fraternos, —los otros romances— llegaron con el suyo; y luego los extraños y hasta los más dispares, aproximados por la obra española, —magníficamente española— del descubrimiento y conquista de América.

Voces originarias del francés y del italiano; del inglés y del alemán; de muchas otras lenguas; bienvenidas fueron, lo son y lo serán —siempre que no existan vocablos castizos equivalentes— en cuanto representan aportes de integración reclamados por el propio idioma para su mayor desarrollo y trascendencia; pero las voces ofrecidas por América tienen un valor singular, que también debe ser singularmente señalado, por lo mismo que América aferrará al castellano su más extenso y populoso dominio.

Resultaría superflua una nómina de las dicciones provenientes de lenguas europeas incorporadas al castellano después de su formación; como también, por los límites de este trabajo, un catálogo del concurso extraordinario facilitado por las lenguas indígenas de América, durante los tres siglos que abarcan la conquista y colonización del Nuevo Mundo, aparte del contacto que esta cuestión tiene con la toponimia general del continente. Innumerables sustantivos y verbos derivados de las hablas aborígenes, son hoy, vocablos que están como en casa propia dentro del castellano, el cual jamás podrá desprenderse de ellos porque no admiten sustitución. Se defienden con la fauna y la flora autóctonas, con el paisaje y el ambiente, con la usanza y los utensilios típicos. (17).

El lexicógrafo Martín Sarmiento estableció un cuadro propor-

(17) El estudio a fondo de este asunto, sobre todo en lo relacionado con nuestro país, puede hacerse en los trabajos, muchos de ellos ciertamente notables, de R. Lenz, S. Debenedetti, el P. Cabrera, los hermanos Wágnner, el P. Mossi, R. Ardissonne, M. Leguizamón, R. Lehmann-Nitsche, E. Quesada, E. Tiscornia, S. Lafone Quevedo, V. Rossi, A. Costa Alvarez y otros.

cional de los elementos integrantes de nuestro romance. Según él, de cada cien palabras castellanas son: latinas, 60; griegas, 10; germánicas, 10; árabes, 10; de otras lenguas, 10.

¿Ahí, en esa conclusión estadística, podemos ver la radiografía del idioma? De ninguna manera. El idioma vive, se refuerza, se depura. se extiende, en un proceso interminable de adecuación a las necesidades de las gentes que lo hablan, necesidades engendradas por la costumbre, los gustos, la comodidad o las aspiraciones superiores. Tengamos muy en cuenta estas últimas, ya que como ha dicho Ortega y Gasset, la historia humana es obra del descontento. Recojamos, a la vez, la bella expresión de Mayáns: “Son las lenguas como los ríos, que porque conservan muy de antiguo sus nombres, se tienen por uncs mismos; pero el agua que por sus cauces está ahora corriendo no es la misma que pasó”.

Sería absurdo suponer que un idioma “nacional” pueda ser tal o lograr supervivencia, manteniéndose enclaustrado en sus elementos primigenios, —diríase circuido por una imaginaria “muralla china”— sin seguir la evolución del pueblo o pueblos a los cuales ennoblece como el más rico patrimonio espiritual. A lo sumo alcanzaría a constituir en caso semejante, una creación artificial, producto de inteligencia y sin emoción, carente del sello psíquico del conjunto humano que lo habla. Un “esperanto” más, cosa sin alcurnia, sin alma y sin color.
